

Y en aquella hora de recogimiento —madre de la duda sagrada— descendí desde mi balcón, que era un hombro que me sostenía en la altura, para entrar en los jardines de Epicuro, en compañía del viejo Anatole France, convencido, eso sí, de que no había de hallar la fuente destinada a calmar mi curiosidad, sed la más cruel.

Al abrir el libro vi salir, como de las puertas de un antiguo claustro, lleno de penumbra y humedad santamente olorosa, a una monja al parecer hecha de cera, toda blanca; tenía los ojos verdes semejantes a dos esperanzas apagadas ya; y pesaba tan poco sobre las baldosas, que sus pasos no se oían en la inmensa quietud conventual. Era Sor Ana, cuya alma tuvo en el mundo el cristalino y melancólico resbalar de una lágrima...

Andaba despaciosa—la cabeza inclinada; las manos juntas hacían pensar en un corazón sin sangre—tranquila, camino del confesonario. Llevaba, por temor a las flaquezas de la memoria, dobladas las páginas del breviario que la acusaban de cualquier pecado, entre los cuales ninguno asumía el valor de la mortalidad: reducíanse todos a distracciones durante los oficios; vanos pensamientos mientras la eucaristía reanimaba la tragedia universal; sensualidad en la alimentación exigua por cierto, y azás ingrata. Jamás otra falta turbó la armonía de la existencia de aquella buena religiosa que guardó bajo la nieve del hábito de las hermanas bernardinias, la nieve inmaculada de sus carnes y su alma de nieve inmaculada, hasta que, tísica, cuando aun no contara veintiséis años, al llegar un invierno cruel, siempre menos helado que su existencia, rodó sobre el haz de la tierra, como una lágrima, melancólica, cristalina.

Ni fué buena, ni mala tampoco: no vivió.

En realidad, la vida hay que conquistarla día por día según manda nuestro siglo, al indicarnos la renovación, que de lo contrario caerá sobre nosotros, separándonos de todo como una losa, de donde se deduce

que sin quererlo, nos reducimos a simples cadáveres movedizos, puesto que sólo es concebible el perfeccionamiento en el continuo ajeteo del bien y del mal. Pasar por el mundo sin haber estado en la honrosa sociedad de los siete pecados capitales, es exactamente lo mismo que olvidar el beso cotidiano que debemos a nuestras hermanas, las virtudes desnudas y tentadoras. Porque, es indudable, quien ignora en absoluto el mal, no pondrá por obra el bien. Estará inmóvil, encogido de hombros, sentado viendo correr la existencia, sin derecho a reír de aquel que para despojarse del fango que le ha manchado el cuerpo durante la jornada, se detenga a la vera de un río, temeroso de humedecerse, conforme en la contemplación de su reflejo que la linfa, al discurrir entre las peñas, altera, pero no arrastra. Tan pecaminoso viene a ser rechazar por completo los vicios como las virtudes. Pues de igual suerte se llega a la descomposición del agua estancada practicando el bien en olvido del mal, como rindiendo pleitesía al mal por ignorancia del bien. Recuerdo que Oscar Wilde ha interpretado en mito pleno de gracia, este dolor de palpar las pasiones y no sentir las: Bajo el ímpetu solar que en complicidad del aire violentaba la misión de las cortinas para prestigiar de luz un retablo, se detuvo una mañana Dorian Gray ante su propia laya, recogida hábilmente en el lienzo por un artífice devoto de la verdad. Hasta entonces no supo que era bello. Y claro está, que su sorpresa tenía entrañas de júbilo. Mas he aquí que al punto la filosofía vulgar y superficial vino a entristecerlo. Reflexionó que en él todo había de concluirse. Por manera que el oro de los cabellos se trocaría muy pronto en plata; se enfriaría la azul caricia de sus ojos en cuyos párpados se clavaban las pestañas espesas cual en un acerico; también los labios, a la sazón de orgulloso bermejo, se tornarían en pergaminos donde sólo se leyese la frase del tedio; y la tersa piel se agrietaría como un